

Las grandes crisis, presentan las grandes ocasiones para liquidar sólidamente los momentos peligrosos que entrañan la bancarrota, cuando se aprovechan con sabiduría para salvar los intereses nacionales.

Los instantes precisos están marcados en el tiempo y no se presentan repetidos; pasan rápidamente y reclaman juicio, serena oportunidad para aprovecharlos con tino y patriotismo.

De un oportuno procedimiento, cuando se sabe penetrar en el fondo de las situaciones, al mismo tiempo que se contribuye al éxito de una buena causa, se pueden obtener beneficios que, en otra forma, serían algo más que difíciles, si no imposibles, contrarrestando fuerzas insuperables.

El derecho es uno, si reclamamos el respeto al nuestro, debemos probar que igual sentimiento nos anima cuando se conculca el ajeno, sin fórmulas egoístas y sin rémoras de pasiones comprimidas.

El camino amplio es el de la persecución sincera de ideales que están claramente definidos por la actuación que desarrollan los acontecimientos.

Sin poner los medios de una simpatía honrosa y conciliadora, no se obtienen las ventajas procedentes, porque se ha llegado a un punto de claras y francas definiciones que marcan una nueva vida, de donde arrancan nuevos derroteros.

Se verifica en el mundo una transformación trascendental que no debe desdeñarse, de la que ninguno puede apartarse con indiferencia, porque implica una sentencia ineludible de vida o muerte para las naciones.

Las capas populares se van sucediendo en progresión ascendente y van ocupando sucesivamente los puestos directivos que se resuelven en ondas concéntricas de otras orientaciones.

Dentro de la guerra se practica una gestación de evoluciones, cuyo término y finalidades son incalculables.

Con calma, arrojando con desprendimiento las pasiones, que nos cautivan y alimentan y que se acarician con entrañable ofuscación, seriamente y compenetrados de la responsabilidad, midiendo con parsimonia todos los peli-

gros que se presentan, debe estudiarse la determinación que se impone para no comprometer la causa nacional.

¿Somos aptos para conseguir con nuestro esfuerzo aislado, con nuestra indiscutible debilidad, lo que podemos conseguir con una actitud franca y desprendida, que poniendo a salvo el porvenir descarte la creencia de una enemistad sistemática e insostenible?

¿No será este el momento de comprometer un reconocimiento por un proceder caballeroso? Nobleza obliga, y, en los momentos críticos, un albur de audacia serena, cambia la suerte favorablemente.

Hay que reflexionar con desapasionada cordura y seriedad sobre estos puntos, antes de que los acontecimientos precipiten una acción violenta que no dé tiempo a un procedimiento reposado.

Llevan los acontecimientos que conmueven al mundo, más de dos años; si se ha seguido con criterio sereno el procedimiento de la mayoría de las potencias, unas entrando a la lucha, otras por medio de protestas escritas, la justicia de la causa de los beligerantes está deslindada.

Se ha proclamado una promesa solemne en el Tratado que se firmó en la capital de donde irradiaron las proclamações emancipadoras propagadas en el mundo con las resonancias de la Marsellesa, en aquella oferta de hidalga justicia no se marcó el límite del alcance de su protección, pero la latitud del propósito puede extenderse hasta los que la suscriban; hay un nuevo campo en donde gestionar para obtener un pedazo de aquella garantía. El decaimiento no debe embargar las energías, ni deben prejuzgarse las intenciones con la anticipación de la duda sobre su cumplimiento: es una promesa escrita y firmada por las grandes potencias que, en todo caso, encarna una manifestación precisa de un compromiso solemnemente contraído.

Si seguimos halagadoras y siempre falsas promesas de caudillos ambiciosos que acabaron de corromper el orden civil en nuestro continente, ¿por qué no seguir la esperanza de aquella promesa sellada por el compromiso de naciones que dan más garantía para su cumplimiento?

Hay algo más que un ideal en aquella afirmación, existe algo tangible: el honor comprometido de las naciones que